

Hay dos islas tan distantes que media entre ellas un mundo, de lejos el mar profundo...

Cada isla, cuyo escudo escolló al mar desbarata, parece un buque pirata...

Cuán soñador en sus primeros años! Cuán pensativo al terminar su viaje!

Gloria á Napoleón! por siempre gloria al dueño soberano!

El caso es que los forasteros, gracias á su viaje, se han enterado á los pocos momentos de ocurrido el fausto suceso...

El rey ha nacido. Parecía que ha sido por un acto espontáneo, y verdad? Ya puesto á escribir de ese modo...

Y el rayo se elevó! De su alto nido le hizo caer envuelto y confundido entre el vapor de cien sulfúreos truenos...

Este principio excelso de la guerra llegar oía hasta él el torpe acento, que la enemiga acusación encierra...

Como ya! en Santa-Helena el vivir desdeñaba sin la lidia, cuando en tarde serena...

Y el rayo se elevó! De su alto nido le hizo caer envuelto y confundido entre el vapor de cien sulfúreos truenos...

MADRID.

Supongo yo que con la corrida de toros extraordinaria que se celebró ayer tarde habrán concluido las que llamamos, con notoria exageración, fiestas de San Isidro.

En la calle de Alcalá abundan los comerciantes callejeros que gritan: «Compro y vendo billetes de ferro-carril, y esto prueba que principia el desfile de forasteros.

Porque, á pesar de los desengaños sufridos por los que hicieron el viaje en años anteriores, parece que también ahora ha habido muchos provincianos con el suficiente valor para visitar la Corte...

Está visto que no hay medio de que el hombre escarmentado en cabeza ajena, y que no se encontrará quien ponga sus barbas en remojo, á pesar del consejo del adagio...

Me refiero al feliz natalicio del régio vástago, como, según la inocente frase de una señora que yo conozco, llaman ahora al que antiguamente llamaban príncipe.

Porque antes de salir de su casa no creo yo que los provincianos se atreviesen á esperar que el parto de S. M. había de coincidir con su estancia en la Corte.

De su fortuna, pues, sólo deben mostrarse agradecidos á la casualidad, que, como dijo no recuerdo quién, aunque sé que alguno lo ha dicho, no es más ni menos que la Providencia...

El caso es que los forasteros, gracias á su viaje, se han enterado á los pocos momentos de ocurrido el fausto suceso, y hasta se habrán regocijado por dentro como cualquier vecino de la villa.

Los veintinueve cañonazos que han oído, no hay quien se los quite. Ni tampoco les quitará nadie el gustazo de haber sabido primero que sus paisanos que al Gobierno no le da el naípe para redactar despachos telegráficos.

Porque cuidado que es chabacano y de mal gusto el que ha enviado á los gobernadores dándoles cuenta del régio alumbramiento!

«El rey ha nacido.» Parecía que ha sido por un acto espontáneo, y verdad? Ya puesto á escribir de ese modo, debió decir: «El rey ha tenido la bondad de nacer.»

Pero, en fin, esto importa poco, que de antiguo sabemos que para el único puesto que en España no se exigen condiciones de ninguna clase, ni siquiera la de saber leer y escribir de corrido, según la frase de las escuelas, es para el de ministro; y lo que hace al caso, y á mí me compete—no diga algún malicioso que me voy metiendo en terreno vedado—es hablar de las fiestas inesperadas que el nacimiento de S. M. ha proporcionado á los forasteros.

No han sido muchas, es verdad; pero, en cambio, tampoco han sido buenas, y váyase lo uno por lo otro.

Sin embargo, el ver tres días á la tropa vestida de gala no me parece moco de pavo, ni lo es ciertamente. Pues bueno; de este placer han disfrutado los forasteros á discreción. Y cuidado, que iban los guardias reales por esas calles hechos unos brazos de mar, que daba gloria verlos.

Además, los edificios del Estado han echado sus trapitos á los balcones, y ese ha sido un espectáculo gratis para el público. Algo ajadas están las colgaduras; pero no es extraño con el servicio que ellas han hecho. Y hé aquí un punto de vista desde el cual son más dignas de admiración que por su propio mérito.

Los mismos balcones han adornado para festejar el triunfo de la revolución del 68, que el de la República, que el de D. Alfonso XII, que el de D. Amadeo. Ahora celebran el nacimiento del nuevo rey y... ¡vaya usted á saber lo que solemnizarán mañana!

Con tales tratos cómo han de estar las pobrecitas?

Pero se luce lo que hay, y que supla á la magnificencia la buena voluntad.

Las iluminaciones ya han tenido algo más que ver, sobre todo para los de pasado el barco que no hayan admirado nunca las del Ayuntamiento de Santander, en día, ó mejor, noche de fiesta nacional. Un tubo de gas, con mecheros de dos en dos centímetros, que corre por las barandillas de los balcones de los ministerios, y tiene en los remates y en el centro unas estrellas muy cuacas, es lo que está más de moda.

Es feo, sí señor, bastante feo, y hasta muy

triste; pero dudo yo que se pueda encontrar algo más económico.

Y ya saben ustedes, por lo que cuentan los periódicos de casa y boca, que, en tratándose de economías, es atroz el Sr. Camacho. ¡Dicen que lleva los cabos de vela de su casa para trabajar en la oficina!

De modo que en Madrid cuando hay iluminación oficial, por el estilo de la de ahora, ni siquiera se enteran en la fábrica del gas.

Los transeúntes, para que lo adviertan, es preciso que estén avisados de antemano ó que anden por la calle mirando para arriba.

Antes de anohecer iba yo por la de Alcalá con un montañés amigo.

—Espera, me dijo de repente, que debe venir por ahí el Viático.

—¿Qué! ¿Has oído la campanilla? le pregunté.

—No, me contestó; pero veo que han salido con luces á aquellos balcones.

Me eché á reír. Se trataba de un edificio público iluminado.

No sé si con estas fiestas y las otras se habrán divertido los forasteros; pero hay que suponer que sí, dado que no sean muy descontentadizos.

Corridas de toros, iluminaciones, romerías y hasta su poquito de ciclón, los que le han alcanzado ¿qué más pueden pedir? Es una lástima que el Manzanaras no haya creído y que no haya muerto en la plaza algún torero, cuanto más notable mejor; pero todo no se puede dar en un día, y otra vez será.

Ahora, que mis paisanos, ya de vuelta en sus hogares, no olviden el trato que habrán recibido en estas casas de huéspedes, cuyas camas no muy limpias y comidas mal sazoadas habrán pagado á peso de oro, para cuando llegue la ocasión, que llegará, de tenerse que referir á algún madrileño fátuo y presumido, de esos que, por darse tono, dicen pernerías de las magníficas fondas del Sardinero y de Ontaneda y Alceda.

Y al primer ¡ay Madrid de mi alma! que oigan ustedes, recuerden los pormenores de su estancia de ahora en la Corte, y estoy seguro de que le sueltan ustedes una ducha tal de palabras al bobalicon, que aquel día no necesita ir á tomar la de agua á la Magdalena.

¡Ah! Y ustedes también se quedarán tan frescos.

Lo que en el verano no me parece que es floja ventaja.

S. DE TRASTIERRA.

24 de Mayo de 1886.

LA BACHILLERA.

(CONTINUACIÓN.)

III.

Era la primera vez que pasaba, y D. Robustiano tenía razón, si no para incomodarse, para asombrarse al menos.

Lo que tiene es que era atroz cuando se encontraba en esta ocasión en ninguna otra dejaba en esta ocasión notar su falta de ataduras sociales. Tenía el genio entero, educado en el más amable abandono de sí mismo. Ni sabía de disimulos, ni comprendía que fueran útiles para nada.

Riéndose á su hija—como ahora nos le encontramos—demostraba ignorar por completo las consideraciones que á una mujer se deben, aún cuando se la riña y aunque quien la riña mande en ella.

La escena pasaba en el comedor, donde reunidos desde hacía rato María, D. Marcial y Antonio—que, según costumbre de todos los jueves, comía aquella tarde con sus parientes—esperaban al amo de la casa para sentarse á la mesa. Al verle entrar conocieron, no obstante, todos que había algo que hacer antes de acceder á la muda invitación de todo aquel aparato de porcelana y cristalería.

Por de pronto, esperar á que D. Robustiano rompiera algo de aquello—único detalle de elegancia que en punto á enojos conocía—y á que de un modo ú otro descargase la tormenta acumulada sobre aquella frente.

Hemos dicho que en el buen señor había motivo de asombro aquella tarde. El señor Vives, catedrático de Lógica, acababa de decirle en la calle que María, la María de todos los premios ordinarios, aquel primer yo de principios de curso, había sido preguntada últimamente en tres ocasiones distintas, sin que en ninguna de ellas se hubiese sabido la conferencia. Enterado de ello, D. Robustiano había corrido, como naufrago á la última tabla del buque destruido, á casa del profesor de Matemáticas... ¡Tampoco allí pasaba ya por aplicada la niña sabia! De un tiempo á aquella parte, desde que se había empezado á dar en cátedra la Trigonometría, no había ya medio de impedir que la gran salvadora de puentes se escapase por la tangente al dar las lecciones.

Sobraba, pues, motivo para armar la gorda, y el antiguo comerciante juró que la armaría. ¡Tendría parte D. Marcial en aquellas irregularidades! ¿Quién sabe! De cualquier modo, no estaría de más reñir á todo el mundo.

Así es que al comenzar, llegado ya á casa, á desahogar su furia, debió de parecerle á don Robustiano presa indigna de su coraje un simple vaso, que era todo lo más que solía romper cuando se enfadaba, y asiendo de las vinagreras, estrelló el juego entero contra el suelo.

Gracias á que para entonces, ya los circunstantes habíanse olvidado de que hubieran ensaladas en el mundo.

Después comenzó á pasearse desordenadamente, como los malos actores en las escenas de celos, y á dirigir á María todo género de denuestos.

La niña no trató de disculparse. Pero á su padre le parecía, no obstante, tan inaudito

aquello, que dudaba á ratos de que fuera cierto, y descargaba entonces contra los autores de la noticia. En uno de estos momentos, su espíritu de mercader dejó caer estas palabras.

—Regale usted para esto mazapanes de seis duros!

Pero en seguida volvía á parecerle imposible que dos hombres formales fuesen capaces de faltar á la verdad, ni había motivo para ello, y revolvió de nuevo su enojo contra María, á quien era indudable—según él—que Marcial, que siempre se mostró opuesto al plan de estudios de aquella casa, había sugerido la idea de rebelión.

Hasta que en los hermosos ojos de la niña parecieron señales de lágrimas, D. Marcial no había juzgado oportuno intervenir. Desde aquel instante sí, y merced á su intervención, D. Robustiano dejó al cabo de decir barbaridades. Tan seguro como estaba de sus razones, no se atrevía á discutir, á pesar de ello, con un hombre que decía *haya* y no *haya*.

Antonio no había dicho, ni dijo entonces, nada. Una razón de egoísmo le impedía tomar la defensa de su prima: tocada la cuestión de faltas escolares, él estaba desautorizado para hablar, y era seguro que, en cuanto, haciéndolo, recordara de su presencia á su tío, de las faltas de la chica saldrían enredadas, como cerezas traídas en el mismo canasto, las faltas de su primo.

En esto se paró D. Robustiano, apartó violentamente una silla que entre él y su sobrino se interponía, y dijo encarándose con este:

—Hombre, sabrás tú algo todavía de eso de la *Piscología*. En el *Instituto* no eras tan mal estudiante.

—En efecto—repuso á media voz Antonio—algo recuerdo.

—Pues es preciso que ayudes á tu prima á repasar, á ver si esto tiene aún remedio.

Y aquietado, sin duda, con tal esperanza su ánimo, el enojado comerciante dió orden de servir la comida.

Esta pasó casi en silencio. Solo le rompía durante algunos momentos D. Marcial para ensalzar calurosamente alguno de los platos que le servían, ó indicar lo que á otro de ellos faltaba para su cabal perfeccionamiento; pues era el tal señor tan buen gastrónomo como bibliófilo, aficiones que, sin saber porqué, es muy frecuente hallar haciendo residencia en un mismo sujeto.

Cuando hubieron acabado de comer, Antonio, que tenía en el bolsillo un billete para el teatro de la Comedia, no se atrevió á despedirse. Aunque la costumbre le autorizaba para ello, pues no pasaba jamás la velada con sus parientes, no sabía si la orden recibida de su tío comenzaba á regir desde aquella noche.

Levantóse el primero D. Robustiano, cobró su descomunal sombrero de copa, y disparó sobre su hija estas palabras, especie de síntesis de su anterior discurso:

—A 30 de Abril estamos: un mes falta para los exámenes... Conque... *na* más te digo.

Y poniéndose en el sombrero con ambas manos, salió á tomar café al *Oriental*, pues decía que en casa no le sabía aquel caldo.

Don Marcial nombróse entonces á sí mismo inspector de los futuros estudios de sus sobrinos, y como oyese á Antonio que invitaba á su prima á un primer examen de Filosofía, les propuso que pasaran con él á su biblioteca, donde estarían más en silencio que en ninguna otra parte de la casa. Á él no le estorbarían, aunque hablasen alto.

Y hablando alto ellos, y leyendo en silencio y sentado á su mesa el erudito, trascurrieron las horas de aquella primera sesión, á la que, al oír las doce, puso fin Antonio, levantándose para marcharse.

María le despidió en la puerta de la escalera, alegre como si no la hubieran reñido.

—Hasta mañana... ¿eh?

—Sí. ¿A qué hora quieres que venga?

—Yo... cuando tú quieras... En cuanto puedas.

Resulta ahora que además de perezoso, era de lo más distraído aquel muchacho. Al salir de casa de su tío, y en tanto se subía el cuello de su exiguo gabán de verano, dejó en el oído del sereno de la calle, que paraba apostado en la esquina, esta reflexión, que indudablemente debería haber guardado para su capote y no para el del sereno:

—Pues señor, ahora sé yo que mi prima es guapa.

IV.

—En cuanto puedas—había dicho María á su primo... Quisiera ella saber qué habría tenido que hacer aquel modelo de desocupados para no haber podido hasta las diez de la noche.

Ya en los días siguientes fué otra cosa: el maestro se presentó más temprano.

Al sétimo descansó, esto es, demostró que era gusto y no trabajo la dulce ocupación de ilustrar á su prima. Aquella noche se daba precisamente la *percepción interna*, importantísima facultad anímica que ambos comprendieron la necesidad de estudiar á fondo. La niña estaba más fuerte en este punto que su improvisado maestro, que, aunque algo recordaba en efecto, era poco, muy poco. A la primera lectura, hecha en comandita, la prima había entendido el capítulo, del que en seguida dió cuenta, ilustrándole y escoliando con ejemplos tomados de la propia observación.

¡Qué guapa estaba explicando filosofía!—¡Bravo, Aspasial!—le dijo Antonio al escuchar el fin de un párrafo. Cuando trataba de convencer á su primo en alguna cuestión en que divergían ¡qué maravillosa elocuencia venía á servirle! ¡qué llevarle razones y argumentos, más que en la palabra, en los ojos!... La paloma asomada á aquella ventana empezaba á orientarse y á dar dirección á sus alas... En cambio, los ojos de Antonio que, á fuerza de mirar ojos descarrados, habían olvidado la costumbre de asombrarse, comenzaban á parecer asustados.

Hay quien dice que el trabajo de D. Marcial durante aquel mes de Mayo no fué el que más cundió á nuestro sabio. Tal hubiera también imaginado quien le hubiese visto, durante aquellas sesiones, levantar con de-

masiada frecuencia sus ojos, y apartándolos del libro, posarlos en la estudiosa pareja, ó quien hubiera observado cómo de tiempo en tiempo se inclinaba, sin alzarse de su butaca, del lado aquel de donde venían las voces de sus sobrinos... siempre que las voces bajaban de tono y no llegaban á oídos del sabio bastante claras y distintas. No era, en fin, difícil penetrarse de que el estudio ageno absorbía la atención en aquellas horas mucho más que el propio.

—¿Qué tal marchan esos?—le preguntó un día, ya á mediados de Mayo, D. Robustiano.

—Buen marchan, bien—contestó su hermano—mejor de lo que tú piensas.

Y eso que durante aquellos días, Antonio permanecía mucho menos tiempo enseñando á su prima. Iba temprano, pero, por muy embrollada que estuviese en aquel momento la cuestión psicológica, al dar las once se levantaba y salía.

—¿A dónde irá que no puede retrasarse ni un minuto?—se decía la niña. Y no fué pequeño su asombro al saber (pues habíase empeñado en averiguarlo, montando á este efecto un completo servicio de espionaje) que cuando dejaba su lado, Antonio se encerraba en su cuarto de la casa de huéspedes, y no volvía á salir.

¿Cómo explicar aquella prisa, en que cualquiera hubiera creído ver el propósito de no impacientarse á alguno que esperaba?

Ella es, en fin, que en cuanto el holgazán se marchaba, la *Bachillera*—nombre con que era conocida entre sus escasas amigas—que daba sumida en hondas cavilaciones, de las que apenas era capaz á sustraerla la aménísima conversación de D. Marcial, que en aquellos días se mostraba más locuaz y cariñoso que nunca con su sobrina.

Y preocupada seguía durante las horas que aún tardaba en recogerse, sola allá en su cuarto, sentada ante su mesa de hombre y ante un libro abierto y colocado sobre ella, con el que se prometía justificar su vigilia en el caso de que alguien viniera á enterarse del motivo de ésta. ¡Estaba tan atareada! ¡Tenía tanto que estudiar, y faltaba tan poco tiempo!

Su padre, al menos, no pensó nunca en ir á molestarla. Antes bien, cuando al retirarse hacia su gabinete veía luz en el de su hija, comenzaba á andar de puntillas, y, sonriente de satisfacción, trataba de ganar la puerta haciendo el menor ruido posible.

¡Será preciso contaros, á vosotras—si es que hay alguna—las que seguíis con piadosos ojos mi relato, y en especial á tí, única de quien puedo asegurar que me dice, que la *Bachillera* pensaba á aquellas horas en todo menos en la Lógica ó las Matemáticas?

Mas natural habéis de encontrar de fijo el empleo que á la velada daba la niña, cuyo pensamiento corría, amparado de la augusta soledad de la noche, por muy diversas regiones, y, siguiendo en su inquieto vuelo á la fresca brisa que la enamorada doncella dejaba entrar por el balcón entreabierto, por si la traía algún recado, aroma de flor ó ruidos de pasos, con ella iba y venía de este al otro recuerdo, y, con más frecuencia y mayor gozo, de esta á la otra esperanza.

Uno de los caminos más frecuentados por la imaginación de la cavilosa niña en aquellas noches de Mayo, era á las habitaciones de sus condiscípulos, y, más que de estos, á las de los estudiantes de Facultad, los cuales robarían también al sueño esas horas para dárseles al apresurado estudio de aquella época del curso. Al sorprenderla, levantada aún, más de una vez el alba, la *Bachillera* se los figuraba cerrando, rendidos ya á la fatiga, el libro, y dejando volar su pensamiento y su deseo hacia la escondida aldea de donde había venido; y, llegado en espíritu á ella, penetrar osadamente en la casa más blanca del pueblo, en aquella desde donde primero se divisa el camino real, y entrar más adentro aún, hasta la reducida estancia, oliente á rosas y á tomillo, en la que una niña como ella, pálida de haber sonado mucho, decía en aquel momento su oración de la mañana, en que se pedía por alguien á quien no se nombraba sino con el corazón, nunca con los labios... El estudiante sacaría entonces del cajón de su mesa desvencijada una carta, la de fecha más reciente entre todas las del paquete, y empezaría á contestarla ¡con qué riqueza de imágenes, con qué calor de fantasía!... El día ya pronto: para el 7 ó el 8 pensaba haber *despachado*. Aquellos días, sí, eran crueles, había que apretar las clavijas: uno de los catedráticos ¡era tan difícil de contentar! No había libro á que acudir para seguirle, toda la asignatura estaba en apuntes... Pero ¡qué importaba todo, si al fin de aquel camino difícil estaba esperando *ella*, ella que con la luz de sus ojos y de su recuerdo iba alumbrándole el camino!...

La *Bachillera* no había recibido ninguna carta de aquella especie. Ella, á quien su académica educación elevaba tanto sobre la mayoría de las muchachas de su edad, no conocía aquella literatura que cualquier señorita de aldea poseería tan cualquier muestras.

E. MENÉNDEZ.

(Concluída.)

LAS MARAVILLAS DE LA FÍSICA MODERNA.

IV.

EL TELÉGRAFO.

La idea de aplicar la electricidad á una correspondencia telegráfica, esto es, á la transmisión instantánea de signos de un punto á otro, ocurrió naturalmente á los físicos, tan luego como tuvieron noticia de los fenómenos producidos por la máquina de Ramsden.

Desde el siglo XVI se venían haciendo experimentos sobre los cuerpos vítreos y resinosos para producir la electricidad; pero Guillermo Gilbert fué el primero que logró arrancarles poderosas chispas por medio del frotamiento.

Esta idea tan rudimentaria tomó verdadera forma con los estudios de Otto de Guericke, inventor de la primera máquina eléctrica, consistente en un globo de azufre que se hacía girar rápidamente con una mano, mientras con la otra se frotaba su superficie con un pedazo de bayeta.

Con aquellos estudios solo se alcanzó patentizar la existencia del fluido en los expresados cuerpos; pero la transmisión de la electricidad no fué conocida hasta 1729, en que los físicos ingleses Grey y Wehler clasificaron los cuerpos en *eléctricos* y *no eléctricos*, ó lo que es lo mismo, en buenos y malos conductores.

Los muchos ensayos que hasta entonces se habían hecho por diferentes profesores en todas las naciones de Europa, se hallaban diseminados sin orden ni relación que les diese cuerpo de doctrina, hasta que el ilustrado físico francés Mr. Dufay los presentó coleccionados, haciendo con ello un bien á

Los hombres estudiosos y á la ciencia en general.

El nombre de Dufay se hizo muy popular desde entonces, no solo por la recolección antes citada, sino por haber sido el primero que demostró prácticamente que el cuerpo humano puede despedir chispas eléctricas, haciéndolo ver por medio de un experimento que dejó admirados á los concurrentes. Así pasaron cuatro años, hasta que en 1733 un profesor alemán llamado Boze construyó una máquina de alguna potencia, formada de una esfera de cristal que giraba á beneficio de un manubrio, y con la que se hicieron buenos y numerosos descubrimientos. Pero hasta 1768 en que el óptico inglés sir Ramsden substituyó el globo de vidrio con un disco plano de la misma materia, puede decirse que no fué conocida la máquina eléctrica.

Desde aquella época, como dejamos apuntado, no cesaron los físicos de todas las naciones de buscar el medio de transmitir la chispa eléctrica de un punto á otro, y los trabajos de Grey, Dufay, Musschenbrock, Lomonier y Franklin, sirvieron de poderosa base al resultado apetecido.

En 1774 un sabio ginebrino llamado Jorge Luis Lesage, catedrático de Matemáticas de aquella capital, presentó un aparato nuevo, compuesto de 24 alambres separados entre sí, con el cual se conseguía llevar la palabra escrita de un punto á otro, que era el resultado práctico del problema. La dificultad que ofrecía el número de los alambres empleados por Mr. Lesage, y la excitación que había producido en Europa el descubrimiento de la electricidad, eran motivo suficiente para que todos los hombres que en más ó en menos cultivaban el estudio de las ciencias, emitiesen su parecer sobre los ensayos realizados, y para que los profesores añadiesen algún perfeccionamiento á los aparatos conocidos. Lhomond en Francia, Reiser en Alemania, y otros muchos en diferentes naciones, presentaron estudios concluidos, que aseguraban la aplicación de la electricidad á la telegrafía.

Pero el elemento fundamental, que tantos ingenios cultivaron, encontraba en su misma naturaleza un obstáculo inseparable para llevar el descubrimiento á su último grado de perfección; así es que la electricidad estática no pudo prestar servicio alguno, y tantos trabajos y tantas vigilias quedaron en el olvido durante muchos años.

La revolución había de operarse definitivamente; los hombres de genio, que no saben ceder ante pequeños obstáculos cuando la causa de sus investigaciones se halla justificada, seguían trabajando en busca de otra fórmula que les proporcionase la electricidad dinámica, cuando Volta, por medio de su pila, dió al mundo un torrente fecundo del elemento por tanto tiempo deseado.

Desde entonces el dinamógrafo de Ersted, el francés Ampere y el inglés Schweiger, hallaron, por distintos procedimientos, el medio de hacer la electricidad aplicable á la telegrafía, consiguiendo el primero demostrar de una manera práctica, que si se arrolla sobre una barra de hierro dulce un alambre de cobre recubierto de seda, y se ponen las dos extremidades de dicho alambre en relación con los polos de una pila, al punto el hierro se convertirá en imán y podrá atraer otro pedazo de hierro colocado á cierta distancia del primero; pero que cuando la corriente se interrumpe, en el acto pierde aquel sus propiedades magnéticas, y el cuerpo atraído vuelve á su estado natural. Así se operará constantemente un movimiento de atracción y repulsión, que, fundado en la imantación temporal del hierro, podrá servir de fundamento á las aplicaciones de la telegrafía.

Apoyados en este mismo teorema, se idearon multitud de aparatos que todos respondían al fin propuesto; pero Breguet en Francia y Wheatston en Inglaterra, fueron los primeros que presentaron un telégrafo de cuadrante, por medio del cual se comunicaron los pueblos durante algunos años. Sin embargo de que el descubrimiento llamó la atención de los inteligentes, la obra no se dió por acabada hasta que en 1832 Samuel Morse, Catedrático de Física en los Estados Unidos, presentó un mecanismo tan interesante como curioso, que tiene la propiedad de escribir por sí mismo los despachos en la estación de destino.

Esto produjo una revolución por entonces en la telegrafía; parecía haber llegado este ramo de las ciencias al grado más alto de perfección, y las líneas se multiplicaron, el mecanismo cundió rápidamente, tanto por Europa como por América, y la comunicación llegó á ser sencilla y práctica por medio de los signos que al efecto ideara su venturoso autor.

Ya la obra parecía terminada; el entendimiento humano debía descansar por algún tiempo de sus penosas fatigas, congratulándose con los resultados lisonjeros alcanzados en su lucha con la naturaleza, á quien había sabido arrancar los más profundos y misteriosos secretos.

Pero el hombre, siempre ansioso de llegar con sus débiles fuerzas á la perfección en todas sus obras, seguía pensando en una modificación digna de tomarse en cuenta, que logró realizar poco tiempo después.

Sir Hughes, natural de New-York, en los Estados Unidos, había alcanzado el verdadero triunfo en el telégrafo eléctrico, con un nuevo aparato fundado en principios enteramente distintos de aquellos que sirvieron á Morse en sus investigaciones, y que tenía por objeto dejar consignados los despachos en la estación de destino con los caracteres de que se sirve la imprenta, en vez de los signos convencionales que usaba su antecesor.

El mecanismo de Hughes es parecido á un piano, y para ponerle en movimiento se oprimen las teclas respectivas con los dedos de ambas manos, y esto basta para que la transmisión se verifique con toda regularidad. El invento fué muy celebrado y puesto inmediatamente en práctica entre Washington y Boston, llegando muy pronto á correr el mundo entero, alcanzando en todas partes la acogida que merece tan importante descubrimiento.

Aunque parecía que después de los trabajos felicísimos de Hughes, no había de hallar perfección alguna el telégrafo eléctrico, todavía hubo quien pensó en los errores que se originan en la transmisión ejecutada por mano ajena, y sobre este interesante mejoramiento se fundó un nuevo instrumento que había de corregirlos definitivamente.

El telégrafo autográfico de Mr. Meyer es un prodigio en el resultado práctico de sus aplicaciones. Sobre este aparato escribe con su carácter de letra el que ha de transmitir un despacho, y la estación de destino lo recibe como un facsimile, evitando la intervención de una tercera persona, y quedando á cargo del expedidor toda responsabilidad en cuanto á las equivocaciones que en la transmisión pudieran ocurrir.

Con este mecanismo se dirigen de un punto á otro, no solo palabras como hasta hoy se ha venido haciendo, sino piezas de música, dibujos etc., etc. Cuantos trazos marca una mano sobre la plataforma, otros tantos se reproducen en el punto de su destino, con los mismos caracteres y con igual perfección que en la primera se hicieron.

Hoy, avanzando los descubrimientos por un camino franco y expedito, han llegado á establecerse modificaciones en la América Septentrional, que permiten consignar un mismo despacho en todas las estaciones de su tránsito, sin el aumento de tiempo que sería necesario siguiendo el método de las producciones. Esto es utilísimo para las órdenes-circulares que transmiten las autoridades á sus subordinados, puesto que en el experimento que ante el presidente de aquella República se hizo, un telegrama que partió de Filadelfia llegó á Washington habiendo dejado copia literal en todas las estaciones que en su marcha había recorrido.

Un mecánico suizo, llamado Theiler, acaba de inventar también un telégrafo impresor, que en perfección y brevedad no admite competencia, puesto que en él un aparato compone las palabras con la prontitud que se pronuncian, y el telégrafo las trasmite con su velocidad harto conocida. No podemos menos de consignar que en este punto nada tiene que envidiar la culta y laboriosa Suiza á las naciones que figuran á la cabeza de la ilustración universal.

Parecía imposible que llegase á resolver el hombre el problema de las comunicaciones simultáneas, esto es, la transmisión de dos telegramas á la vez en sentido contrario por un mismo hilo; pero este importante asunto, que por espacio de mucho tiempo fué objeto de las investigaciones de los sabios electricistas, ha sido resuelto por el Sr. Wied Ginte, ex-director del cuerpo de telégrafos en Viena. Los ensayos verificados entre dicha capital y Lintz tuvieron un resultado satisfactorio, pues las palabras, que hubieron de cruzarse en distintos puntos de su trayecto, llegaron claras é inteligibles el punto de su destino. No cabe duda que las ventajas de este perfeccionamiento serán en lo sucesivo de una utilidad reconocida.

Después de lo dicho, solo nos resta manifestar que la telegrafía en su marcha progresiva crece, se ensancha y multiplica á cada momento, ya con el forte-piano descubierta en 1884, por medio del cual se anota eléctricamente y graba con toda perfección una composición musical improvisada; ya con el timbre eléctrico puesto en práctica en Alemania, y que colocado en el exterior de los trenes sirve para avisar la proximidad de algún siniestro á los viajeros y maquinistas; ya con su aplicación á la guerra, donde las órdenes deben transmitirse, en muchos casos, con esa velocidad instantánea que solo puede ofrecer el fluido eléctrico, y ya, finalmente, con las maravillas realizadas por la telegrafía sub-marina que, apesar de ser costosa y de penosísima instalación, lleva de un punto á otro del globo nuestra palabra á través de los irridados mares, nos pone en contacto con el Asia, con el Africa y con las costas de ambas Américas, facilitando por este medio las transacciones mercantiles entre los países más apartados de la tierra.

Sigloria impercedera merecieron Morse, Hughes, Meyer, y cuantos con preclaro ingenio lograron colocar el telégrafo á la altura que hoy le hallamos, mucho mayor la merecen por haber impreso con sus obras ese carácter de ilustración que con justicia distingue al siglo XIX.

A. SARTORIO.

FOLLETOS LITERARIOS.

UN VIAJE A MADRID.

POR CLARIN (LEOPOLDO ALAS).

Desde que empecé á leer en libros de literatura y mis entusiastas aficiones, nada más que aficiones, por desgracia, me impulsaron á intentar conocer el movimiento literario de la España contemporánea, he sentido verdadera admiración por el escritor asturiano, cuya última obra origina estas líneas y que ha conseguido hacer su seudónimo popular en la Península y en las Repúblicas hispano-americanas.

Pero aunque era sincera esta admiración y casi alcanzaba á comprender las muestras inequívocas de saber y talento que hace tantos años viene dando en libros, en periódicos y revistas, nunca había llegado á entusiasmarme en la lectura de sus producciones. Echara yo algo de menos en estas y había concebido esperanzas fundadas de que llegaría á demostrar cumplidamente las excepcionales facultades que Dios le ha concedido. Esperaba mucho más de él y anhelaba impacientemente que llegara el momento en que diera forma escrita y perdurable á lo que tantas veces le había oído en las disquisiciones de la conversación y en los párrafos meditados de sus conferencias sobre la Literatura española del presente siglo. Deseaba vivamente verle entregado con espacio y detenimiento á sus inimitables trabajos de crítica, y poder apreciar en ellos, al par que la gracia, el ingenio y la habilidad de siempre, el estudio profundo y acabado y el pensamiento originalísimo, luz y guía insustituibles en el camino del arte. Esperaba y deseaba que, después de alcanzados los resultados apetecidos y de haber quitado la máscara á las vulgaridades disfrazadas de géneos, abandonara para siempre la forma sarcástica y ligera, que maneja como muy pocos, adivinando, según explicaba el crítico francés, al *asno* entero con solo verle mover las orejas en el campo de trigo; y que, poniendo en actividad todas las cualidades que atesora, hiciera deslizar en brillantísima parada talento, instrucción, buen gusto, estudio meditado, novedad de juicios, independencia magistral, sátira delicada, facilidad de estilo y corrección en el lenguaje. Esperaba y deseaba, en fin, lo que ya ha realizado mis presunciones; esperaba y deseaba la que ha empezado á publicar bajo el título de *Folletos literarios*.

Es, sin disputa alguna, D. Leopoldo Alas uno de nuestros escritores de más talento. Sin hacer mención ahora de su folleto *El Derecho y la Moralidad*, discurso de un mérito indiscutible, aunque francamente krausista, y muy incorrecto en el lenguaje, y del prólogo que escribió para la notable traducción que de la obra de Yerhin, *La lucha por el derecho*, hizo mi querido amigo y maestro el distinguido catedrático D. Adolfo Posada, figuran, entre las obras de Clarin, otras puramente literarias que le han alcanzado merecidamente una envidiable reputación.

Podrán algunos discutir cuál es la mejor de sus obras, y alguno podrá, tal vez, llegar á incurrir en la incomprensible exageración de un crítico, por otra parte muy sensato, que, olvidándose de que aún viven Pereda y Galdós, dijo que *La Regenta* era la mejor novela del siglo. Podrá discutirse, en general, si vale Alas más como crítico que como novelista; pero no podrá en manera alguna negarse el mérito grande de todos sus libros. *Los solos* y *La literatura* en 1881, escrito éste en colaboración con Armando Palacio, *Pipá* y *Sermón perdido*, acusan en todas sus páginas la justicia de aquella afirmación. En todos resplandecen la gracia y el feliz ingenio del autor; en todos ellos se revelan su profundidad de ideas y su independiente criterio.

Es condición característica de Clarin un espíritu crítico de primer orden y una facilidad asombrosa para notar en un momento lo ridículo y despreciable. Los que creen todavía que es un simple *revistero literario* y que *la especialidad propia de su genio es la sátira en pequeño, la caza de ripios y de incorrecciones*, son unos desdichados envidiosos que no han conseguido comprender sus notables facultades. Hasta en los artículos más breves y ligeros y en las novelas más cortas descuellan y se manifiestan de relieve la mirada penetrante y observadora y la claridad y lucidez de juicio. A lo que tal vez no llegará nunca es á ser un gran novelista; pero no se puede negar que en *La Regenta*, con tener mucho mediano y algo malo, y ser sobrado pesada en ocasiones, haciendo recordar á ratos episodios de otras novelas y pasajes de historias, al par que fatigando la atención por el empeño de justificarlo todo, se encuentran cuadros, conversaciones y pinceladas dignas de cualquiera de los principales maestros.

Y es especialidad brillantísima en Clarin la crítica literaria. Pocos ó ninguno como él han llegado más adentro en el estudio concienzudo de la Estética, y conocen mejor las principales literaturas y señalan más claras las grandes concepciones y descubren más pronto en lo dicho y en lo callado la presencia del genio. Con altas ideas y sanas intenciones, entusiasta por lo bueno y grande, lee perfectamente entre las líneas, siente lo que las palabras expresan y comprende en el instante mismo lo acertado y lo defectuoso. Todo lo entiende y todo lo revela, lo mismo en sus *Paliques del Madrid Cómico*, dechados de gracia y correctivos merecidos impuestos á los *escribidores*, que en sus preciosos artículos fundamentales, diseminados unos por sus libros y otros publicados en revistas, y no inferiores á los trabajos de Sainte-Beuve.

Si es difícil producir una obra, es tan difícil criticarla. Aparte de las no comunes cualidades que se exigen al crítico, hay la dificultad, no pequeña, de la forma en que la crítica se ha de hacer. Magistratura suprema de la república literaria, dijeron algunos que era ese oficio, y no es tarea fácil y sencilla el desempeñar tan alta misión. ¿Qué conviene más? ¿hablar solo de los grandes ó decir algo también de los pequeños? ¿corregir en tono magistral, aunque moderado, ó satirizar los defectos? ¿emplear un tono serio y delicado ó escribir en estilo ligero y festivo?

Difícil es resolver estas cuestiones y es más difícil todavía hacer afirmaciones generales. Tanto se corrige ensalzando las virtudes, como abominando los vicios; lo mismo se consigue ponderando lo bueno que reprendiendo lo malo. Aunque Marmontel se decidiera por la crítica seria y doctrinal, señaladora razonada y severa de incorrecciones, andador literario que sostuviera al principiante en los primeros pasos en el camino del arte, no hay verdaderos fundamentos para inclinarse absolutamente á esa opinión y hacer la regla fija y exclusiva.

«Lealtad y amenidad» es el lema de Clarin, según él escribe, y á él ha ajustado siempre sus obras. Aún en los *Folletos literarios*, iniciadores, en cierto modo, de crítica más fundamental y elevada que la de las colecciones anteriores, hay, además, por supuesto, de la lealtad, amenidad y toques festivos; véase sinó el juicio que hace de *El Archimilionario*, y dicho sea sin acusar eclecticismos, lo acertado radica en esa armonía de lo fundamental y lo ameno, bien con relación al autor bien con referencia á la misma obra.

Servicios muy grandes prestó la crítica satírica de Clarin, expurgadora fiel y continuada del campo del arte. Ya nadie lee los versos de Grilo, de Velarde, ni se entusiasma con los dramas de Cano, ó de Retes y Echevarría. Y servicios tan grandes ha de prestar esta otra medio clásica que yo creo empieza á usar ahora, aunque influida por el modo de pensar y las particularidades de su manera de ser.

Primero examinó, estudió, analizó las cosas y expulsó á los indignos y equivocados, ahora, sin perjuicio de revisar de rato en rato las filas, debe dedicarse, y así parece que va á hacer, á encontrar todas sus complacencias en los elegidos; á penetrar por entre las páginas de sus obras, hasta lo más íntimo y misterioso de la producción; á poner de relieve las excelencias y llegar al fondo, al alma del fruto del artista. Nadie como él para esta obra superior, ninguno con más fuerzas para emprender empresa tan arriesgada. Animo, pues, y que vean con frecuencia la luz pública los *Folletos literarios*, tan originales en el fondo y en la forma de su publicación.

Un viaje á Madrid es un estudio perfectísimo de lo que en el terreno literario encontró D. Leopoldo Alas en la corte, durante su corta estancia en ella, en el pasado invierno, con motivo de las conferencias que dió en el Ateneo, estudiando bajo todos aspectos la gran figura de Alcalá Galiano. Es un trabajo inimitable, que no tiene más defecto que ser muy breve.

Menéndez Pelayo, Castelar, Campoamor, Núñez de Arce, Echegaray; hé aquí los nombres ilustres á que se refiere, de la manera magistral de siempre y en lenguaje y estilo menos cortados y más armoniosos que otras veces. Pocas páginas dedica á cada uno; pero es difícil hacerlo de un modo más perfecto.

Es fácil tarea, cuando de esos hombres eminentes se trata y no se tiene, por completo, sorda el alma á los grandes sentimientos y cerrado el cerebro á las grandes ideas; es fácil trabajo dejar rienda suelta á la pluma y desahogar el espíritu con ditirambos y con vítores, aunque merecidos, mal sentidos y peor aplicados. Es fácil tarea llenar pliegos y pliegos de papel con alabanzas y entusiasmos, ponderando el talento sin igual y la erudición inmensa del uno; la palabra única y brillantísima del otro, poesía, música y color á un tiempo; la grandiosidad, valentía y delicadeza de concepción de los últimos. Es fácil tarea señalar con exactitud las grandes

facultades que los adornan y los grandes méritos que los ilustran, pues por ser tan grandes para nadie pueden quedar ocultos. Pero lo que no es fácil, y es por el contrario muy difícil, es condensar en pocas páginas todos los elogios que se les pueden tributar, y expresar el entusiasmo racional y justo, y determinar exactamente sus excepcionales cualidades y sentir bien y comprender bien lo que ellos comprendieron y sintieron.

Cuando de esos hombres tan conocidos y tan ilustres se trata, ¡quién, que no sea miopía del todo, no ha de acertar alguna vez con lo oportuno y con lo exacto! El trabajo fructuoso, el buen gusto acreditado, el ingenio y el talento puestos en prueba se demuestran al analizar existencias y descubrir méritos. No es empresa de todos el comprender á Campoamor, Núñez de Arce, Castelar ó Menéndez Pelayo.

Clarín lo ha hecho, y lo ha hecho de un modo que yo no me atrevo á juzgar. Con criterio independiente, con ideas fijas, abundando en las mismas opiniones que tantas veces ha sustentado, él ha presentado tal como es al académico eminente de que tanto se ha hablado estos días, con motivo de su discurso de contestación al sabio P. Mir en la recepción de éste en la Academia española, con sus aficiones entusiastas á la antigua Grecia, y su perfecto conocimiento de la ciencia y literatura modernas; con su aplicación incomparable y su talento incomparable también; con su modo escultural de escribir y su prodigiosa facilidad para investigar lo antiguo, aprender lo nuevo y juzgarlo todo de una manera especial, originalísima, sin sujetarse á nada ni á nadie. El ha pintado á Castelar como «el mágico prodigioso de la palabra», el orador poeta, el autor brillante de notables revistas políticas de Europa; el regenerador de las grandes síntesis en párrafos inimitables que enloquecen y asombran. El ha hablado de Campoamor, el poeta sin igual de *Los pequeños poemas*; el filósofo y polemista de *Lo Absoluto* y *El Idealismo*, humoradas encantadoras, en el verdadero sentido; el versificador felicísimo y á ratos de no menos feliz y delicado abandono. El ha relatado un fragmento de *Luzbel*, el poema inédito de Núñez de Arce; el poema mejor de todos, según anuncia, resultando casi incomprensible en quien es autor de *La Pesca*, *El Idiolo* y *La Duda*, la preciosa epístola dirigida á Hurtado. El ha contado el estreno del último drama de Echegaray, el dramaturgo de las grandes situaciones, equivocado á veces, pero siempre insigne, y autor de gran fuerza patética.

Nada más, porque esto ya es largo. El primero de la serie de los *Folletos literarios* vale mucho; tal vez es lo que más vale de Clarin. Digamos ahora lo que suelen decir los periódicos en sus sueltos-reclamos: el que no haya comprado ese libro, que le compre inmediatamente.

Y al terminar aquí estos renglones tan desordenados é incorrectos, que muy pocos leerán, escriba la pluma esta pregunta que no ceso de dirigirme hace una hora.

¿Qué dirá D. Leopoldo si tropieza con estas líneas y vé que ha resucitado el *revistero* de *El Clarín de la Patria*?

PEDRO SANCHEZ.

19 de Mayo de 1886.

PARÍS POR DENTRO.

LA VIDA INCOHERENTE.

Sentado estaba yo esta tarde, de regreso de mi quinta visita á la Exposición de Pinturas, descansando y saboreando un *masagran* en el café de la Paz, cuando vino á pasar un mi amigo y compañero que colabora en el ingenioso y bien escrito periódico parisien «Le Gil Blas» y que es el verdadero tipo del *boulevardier*, para quien París está concentrado entre el café de la *Paix* y el café *Riche*.

La terraza de estos dos cafés—límites del mundo para todo *boulevardier pur sang*—son, como vulgarmente se dice, un coche parado; y es indiscutible que esa ó esas terrazas son el mejor observatorio que puede elegir el que se dedica al estudio de los tipos y costumbres parisienenses.

—¡Eh! Montégut!... grito yo á mi amigo; la tarde está deliciosa; venga V. á pasar un rato en este observatorio y en mi compañía, y me ayudará, V. que es docto en *parisienismo*, á hacer observaciones.

—¡Vaya...! Bueno!... Ya sé lo que V. quiere, me contestó. Como si lo viera, se encuentra V. á *court de copie*—frase de no fácil traducción, pero corriente entre periodistas, que gráficamente indica la triste situación en que se halla el que teniendo que hacer un artículo no sabe por donde ni cómo principiarle.

—No anda V. del todo desaminado, repuse; pero tome V. asiento y pida lo que guste.

—¡Ernesto! Un *scherry brandy*, dijo mi amigo, después de sentarse y dirigiéndose al mozo.

—Y unos *Londres*, añadí yo; lo que encontrarán Vds. el *non plus ultra* de la angomanía y les empezará á parecer algún tanto abusivo; pero yo no tengo la culpa de que aquí á los cigarreros de precio abordable y uso corriente se les llame *Londres*.

—Está V. aquí, me ratifico y corroboro en ello, á caza de un artículo sobre nuestras costumbres parisienenses, continuó diciendo León Montégut; para que vea V. que soy grande y generoso voy á dar á V. el título: «La Vida Incoherente». El progreso que hacen estas cosas complicadas y estos temperamentos complejos del último tercio del siglo XIX tiene la inconexión por base, no lo dude V.; y París es el museo especialmente reservado á esta especie de locura que consiste en cambiar el destino lógico de las personas y las cosas sacándolas de su quicio y echándolas fuera de su camino y curso naturales.

—Tiene V. razón; pero el asunto, de suyo tentador y peliagudo, me asusta, y no quisiera yo, dejándome arrastrar por la pendiente filosófica en la que, con seguridad, va V. á colocarme, hacer á mi vez un artículo incoherente. Ya sabe V. que el proverbio dice «quien ama el peligro en él perece.»

—Pues, amigo, paciencia. Una vez puesto en el observatorio, —V. lo quiso—no hay más remedio que ver desfilan ante el catalejo de la crítica á nuestros contemporáneos. Todos esos que ve V. pasar son hombres políticos, ó literatos, ó banqueros, ó artistas, ó comerciantes y todos gentes incoherentes, que no ocupan su puesto, que son la antítesis de lo que las insignias de su profesión respectiva indican, que ejercen un oficio diametralmente opuesto á aquel para el que han nacido.

—Ve V. ese caballero que se para á encender un cigarrillo? Pues es un señor diputado que debe su elección al azúcar, con cuyo comercio se ha enriquecido; y el conocimiento de los azúcares blancos, morenos y terciados nada tiene que ver, supongo yo, con los conocimientos que se necesitan para ser legislador de un país.

—Ve V. aquel otro que entra en el *Grand Hotel*? Pues es un capitalista ó banquero, muy ducho en asuntos bursátiles, pero que se ha empeñado en *hacer literatura* y comete ese crimen con precipitación y alevosía, mientras que en mi periódico había un muchacho que estaba cortado para literato, que se ha entregado cuerpo y alma á negocios de Bolsa y que se encuentra hoy arruinado, pero sin dar á torcer su brazo.

—Y aquellos dos mozalvetes que suben en aquella *Manuela*? Son dos literatos en agraz, dos pretenciosos adolescentes que pasan por tener talento é ingenio, porque sus respectivos progenitores les dejaron rentas con qué pagar, en vez de hacerlos pagar, los artículos que escriben; y sin cuyas rentas serían unos desconocidos no ilustres.

—Pero, hombre, ¡por Dios!... No va V. á dejar hueso sano á nadie. Y después de todo esos ejemplos no prueban que todos los demás hombres se parezcan á ellos. La excepción no hace sinó confirmar la regla.

—Ve V. ese manglero de la villa que me parece estar en su puesto, y aquel albañil, que vuelve del trabajo, y que parece contento y convencido.

—El barrendero, que no conozco, es tal vez un abogado sin pleitos ó un médico sin parroquia; y en cuanto al albañil, si de algo está convencido, es de que para todo sirven menos para albañil; si nó, no lo dude V., se hubiera guardado bien de escoger ese oficio.

—Con V. amigo Montégut, no hay más remedio que darse por vencido, pero...

—¿Quiere V. otros síntomas, otras pruebas de incoherencia? Pida V. los periódicos de hoy, que traen precisamente revistas bibliográficas, y dígame V. si uno solo de los títulos de las obras nuevas tiene algo de común con el contenido del volumen; lea V. la cuarta plana y ¿á que encuentra V. un anuncio de un marino que da lecciones de equitación, de un ayuda de cámara que habla correctamente cinco idiomas y de un profesor de lenguas que por no saber ninguna ignora hasta la suya natal?

Y hasta ahora no he hablado á V. más que de conexiones de orden intelectual. Pues ¿y si entramos en las de orden material?

Esa botella de agua, que el mozo nos ha puesto delante ¿qué es sinó una atrocidad incoherencia? El agua es un líquido trasparente, incoloro, inodoro é insípido, resultante de la combinación de oxígeno é hidrógeno en volúmenes y proporciones dados, nos dice la química. Pues bien, el agua contenida dentro de esa botella, agua del Sena, no es trasparente, sino muy turbia; no es incolora, pues tiene color de rosa; no es inodora ni insípida pues tiene un sabor detestable y un olor nauseabundo. Si la observa V. al microscopio, encontrará en ella 80 por 100 de materias orgánicas que prueban que ó aquello no es agua, ó que las nociones de química que nos han inculcado en el Instituto son completamente falsas.

Analice V., por el contrario, el agua encerrada con tanto esmero en esas botellas cubiertas de rimbombantes etiquetas que dicen: *Vals*, *Saint-Galmier*, *Chatel-Guyon*, etc., y verá que esas aguas tienen precisamente todos los defectos que serían virtudes en el *acqua fontana pura*; es decir, que en vez de tener un sabor y un olor *sui generis*, en vez de contener en disolución sustancias minerales medicamentosas, son insípidas, inodoras y vírgenes por completo de toda sustancia mineral-medical.

En fin, examine V. ese *Londres* que se está V. fumando, y al que la administración de Rentas Estancadas dá el pomposo nombre de tabaco superior, y encontrará en él paja, madera, hojas de col y otros ingredientes.

—¡Basta, por Dios, querido amigo! Me doy por vencido y convencido, y prometo á V. hacer, para mis amigos de *El Atlántico*, un artículo sobre la vida incoherente.

—No ha de faltarle á V. materia para ello, replicó levantándose mi humorístico amigo. ¿Qué mayor incoherencia que la de beberse el hierro y hacer de papel las ruedas de las locomotoras? ¿Qué más inconexión que el ir á la Opera á echar un párrafo con los amigos y al teléfono á oír óperas? Lo dicho; añadí Montégut, tendiéndome la diestra en señal de despedida, la incoherencia es la fórmula final del siglo XIX.

Llamé á Ernesto; pagué el gasto, y en vez de dirigirme hacia el *Odeon*, en donde se estrena esta noche «*La Vie de Bohème*» se para donde tenía una butaca debida á la delicada atención del director de aquel teatro, el amabilísimo Mr. Porel, me dirigí hacia mi casa, *pedibus andando* y haciendo reflexiones sobre las incoherencias de la vida, con objeto de escribir el presente artículo.

Hélo aquí perpetrado... y allá vá. ¡Si seré yo incoherente!

PÍO SILBÉN.

Neuilly-sur-Seine 18 de Mayo de 1886.